

limitaciones de difusión, son todavía, en muchos casos, ajenos al escrutinio preferencial de sus compatriotas.

Están representados en este valioso esquema expositivo, los narradores: Darío Ruiz Gómez, Daniel Samper Pizano, Jaime Manrique Ardila, Roberto Arango, Jairo Aníbal Niño, Ricardo Cano García, Héctor Sánchez, Alberto Duque López, Manuel Hernández, Arturo Alape, Amalia Iriarte, Alvaro Romero, Luis Fallad, Alonso Aristizábal, Alberto Burgos, Gustavo Mejía, Julio Olacieregui y Germán Santamaría. Junto a ellos se ha congregado también a los poetas: Nicolás Suescún, Jaime García Maffla, José Manuel Arango, Aníbal Arias, Fernando Garavito, Darío Jaramillo Agudelo, Augusto Pinilla, Elkin Restrepo, Paula Gaitán y Santiago Mutis. El último de los nombrados contribuye también, simultáneamente, con un relato breve de sustancioso contenido.

Arriola, Borges, Carpentier, Cortázar, Faulkner, Hemingway, como así también García Márquez, les transmiten a los prosistas, indelebles señales, mientras que en los cultores del poema, rastreamos, entre otros, el signo o las actitudes inmarcesibles de Artaud, Eliot, Neruda, Paz, Saint-John Perse y Vallejo; positivas influencias que los nuevos escritores asimilan y transforman con el más ingenioso denuedo y dando, como quien dice, cumplimiento a esa aseveración que tanto le agradaba repetir desde su irónica preceptiva, al inolvidable Premio Nobel chileno, cuando expresaba: «Como no nos agrada que se nos califique como hijos de mala madre, es que desde jóvenes nos buscamos padres excelentes, hasta que más tarde, si se puede, se concreta la independencia.»

La ocurrente señalación parece cumplirse aquí al pie de la letra.

¿Pero cuál será, en suma, la finalidad primordial de dar a conocer esta compendiada conjunción de textos tan heterogéneos?

El conocido poeta y crítico bogotano J. G. Cobo Borda, autor responsable del volumen y su nómina, a propósito de su justificación respectiva, nos dice desde el prólogo de la obra:

«Si nuestra literatura no ha sido precisamente un modelo en cuanto a innovación se refiere, en el hecho de ponerse en cuestión para cuestionar también el lugar secundario que ocupa, como un capítulo más del conformismo nacional (no así de sus aportes marginales que constituyen nuestra auténtica tradición), estos autores parecen buscar una vía fructífera: la del riesgo: crítica e imaginación. El carácter concreto del lenguaje ante una situación igualmente concreta: no el arte como un sustituto de la eternidad, sino el juego, y la indagación: un método de conocimiento desvelando aspectos inéditos de nuestra realidad, creando otra realidad.»

Prevenido, pues, de los alcances de este proyecto, que concreta a la postre una búsqueda tan auténtica como necesaria, pensamos que los nobles anhelos que animaron la necesidad de dar a conocer esta importante secuencia literaria, deben ser imitados en otros países hispano-parlantes, para que vayamos teniendo ya un vivo anticipo del *cómo* y del *por qué* de sus escrituras, que desde ya se nos manifiestan llenas de bríos y estructuras diferentes.—A. F.

BALDOMERO SANIN CANO: *Escritos*. Biblioteca Clásica Colombiana. Bogotá, 1977. 790 pp.

Cuando se reúne en un volumen la obra de un ensayista de larga y fecunda trayectoria como Baldomero Sanín Cano, el resultado es siempre algo así como una atrayente sinfonía temática.

Este colombiano insigne o, si se quiere, este sudamericano fundamental que nos ocupa nació en la villa de Río Negro y falleció en Bogotá en 1954; por tanto, perteneció a una de las más brillantes generaciones del Cono Sur; esa que comienza a perfilarse en la segunda mitad de la centuria pasada, para ensamblarse por espacio de muchos años en los anales de la presente, rechazando la contribución tutelar de todo lo europeizante carente de visos de una transformación universalista.

Como sucediera con otros tantos escritores y pensadores de su continente, Sanín Cano llega al campo de la idea de transmisión escrita para completar sus tempranas experiencias de docente. Y ello viene a suceder no mucho después de 1880, que es la fecha de recepción de su diploma de instructor en la Escuela Normal de su tierra nativa; ese pasaporte pedagógico, que luego le permitirá ejercer, sin inconvenientes, su magisterio en ciudades interiores como Titiribí, Antioquia y Caldas.

Al radicarse en Bogotá, en 1885, goza ya de cierta fama, tanto en el campo de la enseñanza como en ese otro de meritorio articulista, sobre todo en distintos periódicos provincianos.

A partir de su nueva residencia todo cambiará para el inquieto rionegrino, puesto que pronto ingresará en la burocracia estatal, elevándose desde el modesto cargo de superintendente del primer tranvía a caballo a secretario del Ministerio de Hacienda; tarea que deberá resignar en un lapso muy breve, para acceder como represen-

tante al Congreso Nacional. Cuando concluya su mandato se iniciará en la labor diplomática, consolidando una envidiable trayectoria que dará comienzo con las responsabilidades consulares en Londres, en 1879, para ser ascendido a la jerarquía de ministro plenipotenciario en diferentes países. En ellos se vinculará estrechamente con los más auténticos exponentes de las letras e iniciará lo que se ha llamado, por parte de sus biógrafos, «el ciclo intelectual del viejo mundo», signado por sus felices colaboraciones en selectas publicaciones como la *Modern English Review*, o a aquella memorable *Hispania*, inolvidable vocero literario que editaba en la capital inglesa el entusiasta y siempre recordado Santiago Pérez Triana.

Es que era la época—como dijera un contemporáneo suyo—más brillante de su carrera exterior, puesto que sin resignar las encomendadas tareas específicas, alternaba las mismas con el dictado de una cátedra en la Universidad de Edimburgo.

Ya por entonces su figura había alcanzado una vasta proyección cosmopolita, lo que influyó, sin duda, para que la Sociedad de las Naciones lo consagrara como miembro de la Comisión de Cooperación Intelectual en representación de todos los países de América Latina; distinción bien merecida si tenemos en cuenta que las élites intelectuales, especialmente las juveniles, tanto del nuevo como del viejo mundo, le habían consagrado ya como un indiscutido mentor de las letras castellanas. Y como una auténtica prueba de ese prestigio podría señalarse que algunas afirmaciones de su preceptiva eran repetidas en todas partes. Como, por ejemplo, aquella que se refería a la consolidación de su personalidad y donde afirmaba:

«Aprendí en Renán la tolerancia; en Amiel, la necesidad de buscarle un objeto serio a la existencia; en Nietzsche, la manera de educar la voluntad, y en todos, el culto de la belleza de las formas y de las normas de la vida.»

A lo largo de la suya, tan intensa como fecunda, ya no marginará estos decisivos principios orientadores. Por eso, para sus compatriotas más ilustrados, su docencia se proyecta en forma excepcional, no sólo como un incansable aportador de jugosas crónicas y notas destinadas a las ávidas masas de lectores, sino también como indiscutido consagrador de talentosas figuras de las letras, las cuales, con el andar de los años, llegarán a escalar las más altas cumbres de su país, tal como ocurrirá con Guillermo Valencia o José Asunción Silva.

Por lo demás, Sanín Cano fue poseedor de un hondo sentido de percepción para captar las revoluciones más trascendentales generadas por el espíritu humanista. Y ello se refleja en la vigorosa

apoyatura de su prédica. Y lo mismo le resultará referirse a la primera muestra de arte impresionista celebrada en la desdeñosa Bogotá de principios de siglo, que profundizar con entusiasmo en los que podrían llamarse pormenores recientes de la vieja obra de Shakespeare, o hacer un exhaustivo estudio de los hombres y teorías primordiales que intentan conducir el pensamiento contemporáneo.

Alguien ha dicho alguna vez que «*los periodistas auténticos son aquellos que no saben de nada pero escriben de todo*». Sanín Cano—quien en el fondo real de sus ambiciones parece pretender no ser ni más ni menos que un hombre para el mensaje cotidiano de la prensa escrita—conoce, por cierto, aquella temeraria afirmación; tratará de desvirtuarla a cada instante, dotando a su quehacer de eficiente originalidad y de vibrante consolidación expresiva.

Mucho había traficado Sanín Cano en las efímeras lides del papel y la tinta de matutinos y vespertinos de diverso rango cuando, con mucho ímpetu, como también con no pocos temores, accede a su carrera bibliográfica.

Y en honor a la verdad debemos consignar que los tres primeros títulos de su extenso caudal de contribuciones no alcanzan la proyección esperada, tal vez por poseer un contenido extremadamente localista, como ocurre con *Colombia hace sesenta años* (1888), *Administración Reyes, 1904-1909* (1909) y aquel estudio discursivo que tituló *Núñez Poeta*, y que firmó con el seudónimo de Brake; tres obras que por varios de sus críticos fueron calificadas de olvidables, y tal vez con razón. Todo esto sin desdeñar ni disminuir los pormenores de esa ciertamente más robusta que iría asomándose con el transcurso de los años. Para la mayoría de esos comentaristas, la verdadera línea de producción libresca comienza con *La civilización manual y otros ensayos* (Ed. Babel, Buenos Aires, 1925), título que surge de un artículo publicado en las páginas del matutino *La Nación*, de aquella capital rioplatense, donde Sanín Cano dirigía todo lo concerniente a política internacional. El libro, en conjunto, es una especie de selecta miscelánea; una constelación de asuntos bien diferentes. Allí se habla de cuestiones que surgen de la simple observación de las leyes anatómicas, de la misma manera que se aborda un tópico científico, o poético, entonces de rigurosa actualidad.

Esta obra señera, que la crítica de España y América recibió con ponderables y alentadores juicios, marca, pues, los inicios de esa trayectoria que será incansable y fecunda. A ella le seguirán: *Indagaciones e imágenes* (Ed. Colombia, 1926), *Crítica y arte* (Ed. Librería Nueva, 1932), *Divagaciones filológicas y apólogos literarios* (Ed. Ar-

turo Zapata, Manizales, 1934). Tal vez sea éste el libro más inhallable de todo el conjunto y, sin embargo, uno de los más jugosos en cuanto a sus disquisiciones sobre nuestro idioma y su consiguiente porvenir, su dinámica y sus modificaciones: «Las reformas que se han implantado en unas partes—afirma en el capítulo denominado "Porvenir del castellano"—, las concesiones que de mala guisa le han hecho en otras, ya tienen al socialismo obrando en la Historia. Así entiendo que pasa con las lenguas. Están las vivas en incesante devénir.»

Luego vendrían sus *Ensayos* (Ed. Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, Bogotá, 1942), y le seguirán *Letras colombianas* (Ed. Fondo de Cultura Económica, México, 1944); *De mi vida y otras vidas* (Ed. Revista de América, Bogotá, 1949); *Tipos, obras, ideas* (Ed. Peuser, Buenos Aires, 1949); *El humanismo y el progreso del hombre* (Ed. Losada, Buenos Aires, 1955), y *Pesadumbre de la belleza* (Ed. Mito, Bogotá, 1957).

En todos y en cada uno de estos volúmenes el esquema expositivo es siempre el mismo: una selección rigurosa de varios artículos de especificación diferente; pero adosados con un condimento novedoso, capaces de atraer y suggestionar. Es indudable que Sanín Cano posee en este caso los elementos primordiales que le conceden la fisonomía de un ensayista de fuste: la sagacidad expositiva y la acepcia de su prosa, elegante y precisa, carente de todo retoricismo.

Pero la nómina de obras que le pertenecen quedaría incompleta si no hablásemos de dos contribuciones didácticas, publicadas en inglés. Se trata de: *An elementary Spanish grammar* y *Spanish reader*, ambos dados a conocer en Oxford en 1920.

De todo ello nos enteramos examinando detenidamente esos cuidadosos *Escritos*, texto en el que se pretende abarcar todas las facetas de la vastísima personalidad autoral: el literato y el hombre. Pero uno y otro parecen complementarse equitativamente. Sanín Cano es lo que es, lo que dice y lo que escribe. Una de las páginas más comentadas por sus compatriotas a lo largo de su longevo historial es, sin duda, aquella en la que habla con énfasis de los principios de convivencia higiénica que poseían los aborígenes del Nuevo Mundo, y que luego perdieron al contacto con sus conquistadores de ultramar.

Y esto está dicho así, de manera contundente, porque él, como otros muchos representantes de su generación, es un brioso polemista de conceptos insobornables y tajantes. Su temperamento intelectual, ese que tantas veces ensalzara certeramente el nombre y

la obra de algunos exponentes estelares de las transformaciones culturales del mundo contemporáneo, se investía de pronto con otro carácter: se hacía hiriente y agresivo. Y arremetía sin ninguna misericordia, especialmente contra quienes consideraba como agresores de la dignidad de su continente. Y sus saetas impresas, que ocupan un nutrido número en este compendio de sus páginas más ponderables, apuntan sin eufemismos a conocidas figuras, como Marinetti, Menéndez y Pelayo, Papini, Unamuno, etc. Y de todas y cada una de estas controversias —que a veces alcanzaron la lejana respuesta y una nueva y más empechinada contestación por parte de nuestro autor— emergió casi siempre como un expositor veraz y satisfecho.

Sanín Cano, que alcanzara en vida reconocimientos académicos y el favor que se dispensa en algunos países a los auténticos patriarcas de la intelectualidad, se nos transparenta en la integridad de estos *Escritos*, con la fuerza de un articulista profundo y seguro, capaz de sentir y trasladarnos, sin obstáculos, a la esencialidad de las cosas que le preocupan o analiza.

En la parte final, otras figuras consulares de las letras sudamericanas, como José Carlos Mariátegui, Francisco Romero, Germán Arciniegas, Hernando Téllez y Jorge Gaitán Durán dan amistoso testimonio sobre los aspectos más cautivantes del recordado autor.

Escritos está presentado con la proverbial jerarquía de la denominada «Biblioteca Básica Colombiana», de Bogotá, y fue compilada con ejemplar idoneidad por el poeta y crítico S. G. Cobo Borda.—
ARIEL FERRARO (*Peña Prieta*, 52, 3.º, 7. MADRID).

«EL TRUENO DORADO», UN LARGO SILENCIO DE VALLE-INCLAN

Por unos motivos o por otros, este año se cumplen las cuatro décadas de la muerte de varios cientos de miles de españoles. También falleció Valle-Inclán el 5 de enero de 1936. Y después de su ausencia aún se publicaron trabajos suyos en diarios y revistas, como es el caso de *El trueno dorado*.

Esta es la obra que ahora Nostromo Editores ha editado, con prólogo y notas del malogrado Gustavo Fabra Barreiro y con el subtítulo de *Novela póstuma de Ramón del Valle-Inclán* (1). La misma, según

(1) *El trueno dorado*, novela póstuma de Ramón del Valle-Inclán, Nostromo Editores, Madrid, 1975.